

CAMILA BUSTAMANTE SOTO

SIERVAS

EL HISTORIAL DE ABUSO DE
LAS MONJAS SODALICIAS

 Planeta

Ser consciente

El 2015 lo recordaré siempre por mi matrimonio y por los oscuros recuerdos que afloraron durante los días siguientes a la celebración.

No llevaba ni un mes de casada cuando todo se vino abajo. Cuando sentí que caminaba en un cuarto oscuro y silencioso, sin salida. Me vi en una incomodidad permanente y angustiosa.

Todo porque, justo ese mes, el mismo en que me casaba en Chile, el periodista peruano Pedro Salinas y su compañera Paola Ugaz publicaban un libro en Perú: *Mitad monjes, mitad soldados*, que retrata el sistema de abusos y encubrimiento que se vivía al interior del Sodalicio de Vida Cristiana o *Sodalitium Christianae Vitae* en latín (SCV), una organización religiosa con fuerte presencia en Latinoamérica en la que yo participaba. La investigación apuntaba al fundador y a otros miembros de la institución como autores de actos horribles que involucraban incluso a menores de edad. Lo anterior vino acompañado de un tsunami de noticias y reportajes en el país incaico que no pude evadir, aun estando a varios miles de kilómetros de distancia.

A partir de esta investigación periodística, el SCV ganó fama mundial por las acusaciones de abuso sexual, maltrato psicológico y manipulación de conciencia ejercidos por su fundador Luis Fernando Figari junto a otros miembros de la Familia Sodálite. Es cosa de buscar en Google y los primeros contenidos que aparecerán serán del estilo “Los escalofriantes testimonios de las víctimas del Sodalicio”, “El Papa ordena intervenir el Sodalicio”, “Los pecados de Sodalicio”, y así suma y sigue.

A Figari se le compara, en nivel de operación y quiebre de almas para su propia satisfacción física, económica e incluso espiritual, con el expárroco chileno Fernando Karadima y con el fundador de los Legionarios de Cristo, Marcial Maciel.

Figari viene a completar esta suerte de tríada de la Iglesia católica latinoamericana. En principio se ve un hombre reconocido por motivar grandes listas de nuevas vocaciones, siempre marcadas por detalles específicos en sus reclutamientos, como el origen socioeconómico o el aspecto físico de los jóvenes. Por otra parte, la vinculación que se fue generando entre los fieles y el Sodalicio era cada vez más parecida al rigor de una milicia. Y es entre supuestas reglas de naturaleza divina que empiezan a generarse agravios de todo tipo. Al igual que los otros exlíderes vocacionales, el modo de operar era el mismo: la “Santísima Trinidad” del abuso eclesial de esta parte del mundo.

Todo esto sucede bajo la única y poderosa excusa de que lo que se hace es parte del plan de Dios. ¿Y qué es el plan de Dios? Cumplir con los sacramentos y seguir la vocación, ese sello con el que se te marcó desde antes de que nacieras, cuando estabas en el vientre de tu madre. Es decir, cumplir llevaría a alcanzar la santidad y ser feliz; y según la Iglesia católica hay dos formas de realizarse: con el matrimonio y a través de la vida consagrada, como cura, monja o sus derivados. Pero eso no se descubre de un día para otro; es una búsqueda de varios años, porque muchos son los llamados y pocos los escogidos. Y ahí es donde aparece el círculo vicioso compuesto por la fe y la sumisión. Un espacio que absorbe y desaparece vidas y voluntades de forma sistemática, el caldo de cultivo para abusos de todo tipo.

El Sodalicio llegó a Chile en 1999 gracias a la invitación del cardenal Francisco Javier Errázuriz, que en ese entonces era arzobispo de Santiago. Figari y Errázuriz habían comenzado una relación de cercanía a inicios de los noventa, cuando el chileno trabajaba como arzobispo secretario de la Congregación de Institutos de Vida Consagrada y Sociedad de Vida Apostólica en el Vaticano, departamento del que depende el Sodalicio. Durante ese tiempo Errázuriz habría contribuido a que la institución lograra su aprobación pontificia, figura legal dentro de la Iglesia que avala formalmente la existencia y funcionamiento de la organización religiosa por parte del papa y la Santa Sede.

Primero llegaron los sodálites: hombres consagrados y sacerdotes. Desde su casa en Eduardo Castillo Velasco con Avenida Pedro de Valdivia, en la comuna de Ñuñoa, salían a trabajar a los colegios más exclusivos de Santiago, como el desaparecido Colegio Apoquindo, donde comenzaron a reclutar a jóvenes de familias reconocidas en el mundo de la política y el empresariado chileno. Las vocaciones se multiplicaron rápidamente y también su nivel de influencia y recaudación. En paralelo comenzaron a desarrollar

un proyecto de tinte social en la comuna de Maipú, donde construirían su primera iglesia y comunidad para dirigir diversos proyectos apostólicos. Al poco tiempo de haber llegado los hombres y ver que la tierra era fértil, llegaron las mujeres consagradas: la Fraternidad Mariana de la Reconciliación y las Siervas del Plan de Dios, que también empezaron a reclutar otras mujeres para las filas de Figari. El SCV comenzó a crecer rápidamente y, en poco tiempo, el Movimiento de Vida Cristiana, donde participaban los laicos que se sentían identificados con esta espiritualidad católica, empezó a tener lugar en la Iglesia local, tanto por la cantidad de adherentes, como por su estilo militante. Destacaban por tener una alta cantidad de jóvenes bien formados, por sus proyectos sociales y por cómo ganaron espacio en *la elite* de la sociedad chilena. Para Figari, Santiago de Chile era un lugar importante, igual que Guayaquil en Ecuador, por el nexo que podía generar con familias de la alta sociedad.

El Sodalicio de Figari lo conocí a eso de los nueve o diez años, cuando me preparaba para la primera comunión en una iglesia cercana a la casa de mis padres en Maipú; pero recién a los quince era un poco más consciente de quiénes eran y empecé a frecuentar sus actividades, en las que rápidamente fui sumergiendo mi vida adolescente con el fin de descubrir la vocación a la que se me llamaba y a la que tenía que responder con prontitud, porque a Él no se le hace esperar.

Cuando tenía veinticinco ya había tomado una de las decisiones más importantes de mi vida: casarme y responder a la dirección por la que Dios me había llevado. Pero no en cualquier parte ni de cualquier modo, sino dentro de la espiritualidad sodálite, al estilo figariano.

Mi boda fue un gran acontecimiento familiar. No solo porque era la primera de cuatro hijos en casarse y la primera de toda una generación de primos, sino también porque fue todo muy rápido. Con mi novio nos comprometimos apenas tres meses antes del gran día, y toda la producción del evento estuvo marcada por nuestra intransigencia, partiendo por la premura de la decisión. Para nosotros estaba claro lo que Dios nos pedía, por lo que no había razón para seguir esperando. Tampoco fuerza para seguir aguantando aquellas normas del pololeo cristiano, *besitos y abrazos no sacan pedazos*.

Queríamos que todo fuese sumamente espiritual y sencillo. En ese tiempo pensábamos que una fiesta pomposa era un mal mundano en el que no debíamos caer. Deseábamos recordar nuestra unión ante Dios y no la

fiesta. Estábamos convencidos de que el pecado estaba en esas pequeñas cosas; era ahí donde se asomaba con su tentación. Nada de eso podía manchar nuestro matrimonio y bajo esa idea preparamos la ceremonia.

Nos casamos en la exclusiva parroquia Ángeles Custodios de Providencia, una de las diez más solicitadas y caras para contraer matrimonio en Santiago. Construida en 1884 con un estilo neorrenacentista para reemplazar la antigua capilla del Seminario Conciliar de Santiago que funcionó hasta 1955, fue declarada Monumento Nacional en 1990 y en su interior varias parejas de la alta alcurnia y el jet set criollo han dado el sí. Cómo olvidar el lujoso matrimonio del futbolista chileno, jugador por ese entonces en la Fiorentina de Italia, Luis “Mago” Jiménez, y su esposa Coté López, que llegaron en un Rolls Royce avaluado en más de 150 millones de pesos.

Nosotros tampoco desteñimos tanto. Arrendamos a buen precio un descapotable con buena presencia para el hito, que le hacía honor a un programa de televisión en el que yo trabajaba entonces como editora.

Escogimos ese lugar no porque fuéramos el prototipo de Vida Social de *El Mercurio*, sino porque tenía un significado profundo para nosotros. Parte de nuestro pololeo sucedió ahí. En ese tiempo teníamos un programa de radio llamado *Creo, pienso y actúo*, que se transmitía por Radio María, cuyo estudio estaba a pocas cuadras de esa iglesia. Antes de salir al aire nos reuníamos en esa capilla, rezábamos y revisábamos las pautas del programa. Ahí tuvimos varias citas al son del Rosario, así que a pesar de que era una iglesia que no estaba a nuestro alcance, valía la pena intentarlo. Entonces como por gracia divina encontramos un espacio en una agenda que estaba llena hasta el año siguiente, así que pusimos fecha: octubre de 2015.

Me casé con un vestido blanco. Obvio. Y aunque me costó el 2% de lo que le costó a Coté López, me sentía increíble y única. Al entrar a la iglesia estaba resplandeciente, pero tan nerviosa que fui casi corriendo al altar. Nunca ensayamos nada y no sabía si el canto de entrada me iba a alcanzar para recorrer ese largo pasillo alfombrado de rojo.

El coro era magnífico. No tenía violín ni chelo, pero sí las mejores canciones del Sodalicio. También nos preocupamos de llevar la figura de la Virgen que venerábamos en el SCV y que todo estuviese perfecto: la luz, las flores, el audio. Todo al estilo sodálite. Incluso el cura, que era uno de nuestros grandes amigos y que posteriormente sería un actor fundamental en nuestras vidas tras estallar la investigación periodística. El protocolo y las formas eran una característica de la espiritualidad.

Fue un día lleno de alegría. Estaba completamente enamorada del hombre con quien me casaba y dando un paso tan importante, pese a que el matrimonio nunca estuvo dentro de mis prioridades. Siempre había querido ser una mujer profesional antes que cualquier otra cosa. Pero ese día me sentí profundamente realizada por estar cumpliendo con lo que yo creía que Dios quería de mí. Vivía en un cuento de hadas del que Él era autor. Lo bueno era un regalo de su parte y lo malo era permitido por algo, aun cuando implicara sufrimiento; no era que quisiera hacerme padecer, sino experimentar dolor por algo superior, algo que yo no era capaz de comprender y que, por lo tanto, implicaba confiar a ojos cerrados, tal como hizo la Virgen María. Esa visión fue la que me hizo emprender un camino de búsqueda desde la adolescencia y que me llevó, años atrás, a estar a un paso de convertirme en monja en las Siervas del Plan de Dios, comunidad femenina del Sodalicio. Y hoy, ese mismo camino me traía hasta acá, a mi matrimonio.

A pocos días de esa boda llena de entusiasmo nos enteramos que el fundador del SCV estaba acusado de abusos de distinto tipo. Lo que siguió fue una crisis personal y matrimonial profunda de la que muy pocas personas se enteraron. No soy la única que vivió situaciones como estas; los efectos del caso Sodalicio van más allá de lo que hemos visto en la prensa, más allá de las víctimas con los casos de abuso más extremos. Muchas vidas se quebraron, víctimas indirectas y silenciosas que incluso hasta el día de hoy tratan de volver a unir sus piezas y “formatearse” de un sistema de pensamiento sectario, para volver a ser conscientes de sí mismas.

Octubre blanco

Un domingo de aquel octubre de 2015, con mi marido llegamos a casa después de una jornada familiar. Como la tradición mandaba, el día había partido oficialmente con la misa en la parroquia cerca de la casa de mis padres, donde había pasado parte de mi infancia y adolescencia vinculada al SCV. Misa, confesión, saludos entre la gente a la salida de la liturgia en el claustro del templo, risas por aquí y por allá, y a caminar con la guata vacía unas cuantas cuadras para llegar a almorzar. Por ese entonces el ritual dominical exigía almuerzo, sobremesa y once.

Después de ese día, animada y convencida de mi rol de esposa, me puse a cocinar para el lunes. Pero el ánimo no fue suficiente para satisfacer mis expectativas. Todo resultó mal. Quemé el pollo que estaba cociendo en agua y quebré una fuente de vidrio nueva. La casa se llenó de humo con un fétido olor a quemado, como augurando el clima que se vendría. Mientras trataba de ventilar, recogía el vidrio molido del suelo y evaluaba el primer fracaso de mi vida marital.

Frustrada, propuse terminar el día con alguna película de Netflix. Fui a la pieza y me lavé los dientes en el baño, mientras mi marido tenía la misión de mirar la cartelera. No lo hizo: deambulando por redes sociales se encontró con algo que lo alarmó. Me gritó desde la habitación con un tono preocupante. Sin escuchar muy bien o no queriendo hacerlo, le pedí que me repitiera mientras seguía con el cepillo en la boca. Entonces dijo: *¡Pasó algo con Luis Fernando!*

Me asomé con algo de pánico y una sensación de vértigo en el estómago. ¿Se habrá muerto? Por el tono que usó no podía ser algo bueno. Me enjuagué rápido la boca y de un salto me metí a la cama. Dimos una ojeada a Facebook y nos topamos con la discusión de un aspirante al Sodalicio de Vida Cristiana, que comentaba el post de un joven militante del Movimiento de Vida Cristiana (MVC). El aspirante reprendía al militante del

MVC por la manera en cómo refería sobre un caso expuesto en televisión que a todas luces parecía grave y trataba sobre el fundador de ambas organizaciones: Luis Fernando Figari Rodrigo.

“No está bien que la corrección fraterna se haya hecho a través de la televisión ni que tú sigas haciendo escándalo con tu post en Facebook”, sentenciaba el comentario, que sumaba más de cuarenta respuestas en pocos segundos y seguía creciendo.

La discusión nos llevó a espiar los perfiles de varios amigos, también pertenecientes al MVC, para saber qué estaba pasando. El Facebook estaba en llamas, pero pocos se atrevían a ponerle nombre a lo que estaba sucediendo. Lo que fuera, era grande y muy grave.

De perfil en perfil llegamos hasta un link que nos dirigía a un reportaje de la televisión peruana. Se trataba del noticiero *Cuarto Poder* de América Televisión, uno de los canales más vistos de Perú, y cuya pestaña particular tenía por título “Denuncias de abuso sexual contra el fundador del Sodalicio”.

En la pantalla vimos el rostro de alguien que, al parecer, años atrás había escrito cosas en contra de la institución. Yo no conocía su cara, pero cuando mi esposo lo vio dijo *es Pedro Salinas*. Ese nombre resonó en mi cabeza y me llevó a recordar escenas del pasado, como una película: conversaciones en las que había participado, donde lo nombraban y se referían a él como un traidor, resentido, conspirador, “el conchesumadre que escribe huevadas del Sodalicio porque lo quiere destruir y también a la Iglesia”.

Yo no lo conocí y tampoco había leído nada de lo escrito, porque era material prohibido para quienes estábamos en el Movimiento. Una vez le consulté a una monja, que era mi consejera espiritual, si podía leer sus escritos, pero me dijo que no, que esas cosas no me aportaban y que era mejor solo rezar por ese tipo de personas. Ni siquiera me atreví a escribir su nombre en Google cuando estaba sola frente al computador, pues confiaba en lo que me decían y sin saber de qué hablaba el tan odiado periodista, yo también repetía que era alguien con problemas.

Pero aquel domingo de octubre, desobedeciendo la voz de esa conciencia, le dimos *play* al video.

Estábamos metidos en la cama, tapados con sábanas y frazadas porque hacía mucho frío a pesar de estar en plena primavera. Parecía que, en la medida que los minutos pasaban, nos enterrábamos más en la cama, congelados, paralizados, queriendo que las colchas nos tragarán para no enfren-
tar lo inminente... todos los rumores que habíamos escuchado alguna vez

como acto de mala fe, eran verdad. Había víctimas de abuso en el Sodalicio. Sí, había víctimas, y eran de Figari. Existían y contaban por primera vez sus experiencias ante una cámara de televisión.

Luis Fernando, el fundador de la familia espiritual a la que pertenecíamos y por quien rezábamos todos los días, tenía denuncias de abuso sexual y maltrato; incluso mantenía personas prácticamente como esclavos a su servicio. Nosotros sabíamos algo por una noticia que se había filtrado hace tiempo, el 22 de agosto del 2011, pero que el mismo Figari y la cúpula de la institución se habían encargado de desmentir diciendo que era una invención de un tal *Diario16* para vender las pocas impresiones que sacaba en Perú. Este periódico fue el primero en publicar la noticia sobre los abusos sexuales cometidos en el SCV por parte de uno de sus rostros más importantes, German Doig, y a los pocos meses siguió difundiendo testimonios que también salpicaban a Figari. Eso supimos, mi marido en sus años de sodálite y yo en mis años de agrupada, pero nunca le dimos mayor crédito, porque el mensajero no era un actor válido para nosotros. El Sodalicio, a través de su encargado regional de comunicaciones del Perú, había enviado una carta pública al medio, asegurando que las acusaciones eran falsas, dañaban la honra del fundador y que tomarían acciones legales.

Pero ahora en el video veíamos a una persona con la identidad protegida contando fuertes experiencias de abuso. Además, se indicaba que había al menos tres casos de agresiones sexuales.

El primer pensamiento que se nos vino a la cabeza fue que todo esto podría ser más de lo mismo, es decir, “una obra del demonio”: invenciones para atacar a la institución por ser de carácter religioso. Los católicos vivíamos en una dinámica de lucha contra un enemigo que supuestamente quería la destrucción de la Iglesia y de todo lo que remitiera a Jesús. Esto podrían hacerlo personas concretas, pero en el fondo se trataba de algo sobrenatural, de Satanás. Mi esposo, un poco molesto, dijo que Salinas no se cansaba y que estaba un poco loco. Incluso, varios sodálites le habían dicho que era un *drogo*. Pero su convicción era débil y sé que solo lo decía para intentar calmarme y calmarse a sí mismo. ¿Qué más podíamos hacer? Era la acción más segura ante el cuestionamiento al mundo en el que vivíamos. Un acto de fe ciega antes que un mínimo espacio de empatía.

Seguimos mirando el reportaje y de pronto vimos aparecer una cara conocida. Se trataba de Martín López de Romaña, un exsodálite que había sido formador de mi marido y también su consejero espiritual en San Bar-

tolo, una playa al sur de Lima donde el Sodalicio tenía cinco casas al borde de Ribera Sur, que utilizaba como Centro de Formación. A Martín le guardaba mucho cariño y respeto. Verlo en televisión contando su testimonio fue estremecedor para ambos, pero mucho más para mi esposo.

Habló de todo lo que le costó salir del Sodalicio, no porque se lo impidieran físicamente, sino por la cárcel mental en la que se hallaba —experiencia que quedó plasmada en 2021 en su libro *La jaula invisible*, uno de los mejores sobre el caso Sodalicio y que trata eso que es tan difícil de explicar para quienes hemos estado dentro de este tipo de sectas: por qué entraste, cómo no te diste cuenta, por qué te quedaste, cómo saliste. También describió la personalidad de Figari, lo que hizo un eco que nunca más dejó de resonar en nuestro interior. Era evidencia contra lo que realmente queríamos creer.

Al poco tiempo no teníamos certeza de haber llegado a donde estábamos por nuestra propia voluntad.

Nadie puede negar que Figari tiene una personalidad difícil y actitudes raras: no darle la mano a la gente por miedo a pegarse alguna enfermedad, tomar agua en vasos previamente desinfectados o dormir de día y hacer su vida de noche eran solo algunas de sus extravagancias. Y por más raro que parezca hoy, para todos era como algo normal; era una subcultura dentro de la Iglesia donde esas cosas no se cuestionaban, aun cuando iban en contra de lo que nosotros mismos predicábamos, porque estábamos inmersos en un sistema que nos había hecho ver al fundador como un líder casi con filiación divina.

Aunque el emperador estuviese desnudo, nosotros lo veíamos con traje.

Desde un tiempo antes de que se emitiera este reportaje en la televisión peruana que ya se había dejado de rezar por Figari en instancias públicas, como las misas dominicales o el rosario de los sábados. Si bien nos parecía raro, lo acatamos porque venía en forma de mandato. Y ¡ay de aquel que preguntara! C-O-N-F-Í-A, nos decían siempre. Probablemente era la palabra más pronunciada. Las únicas que desobedecieron el mandato, no tanto por mérito como sí por terquedad, fueron las monjas sodalicias que siguieron pidiendo públicamente por la santidad del fundador y haciéndole canciones.

Cuando terminó el reportaje encontramos una razón plausible para que Figari saliera de la vida pública de manera tan drástica como lo fue el 2010, año en que dejó de ser el Superior General del SCV. ¿Cómo iban a inventar una mentira tan grande los que estaban en TV? ¿Era posible que se pusie-

ran de acuerdo para inventar esas tétricas historias en contra de nuestra espiritualidad? Nos quedamos en silencio frente a la pantalla.

Cuando mi marido cerró al fin el computador, habló con la misma solemnidad que tenía cuando era sodálite:

—¿Qué piensas? —una de las preguntas más usadas por los sodálites. La entrada a tu mente para después diluir cualquier idea disuasiva a la sumisión del plan de Dios.

—Me siento confundida y... —me interrumpió para insistir en su pregunta.

—Pregunté qué piensas, no cómo te sientes.

Lo miré con rabia y le dije que no me tratara como si estuviera bajo su dirección espiritual.

—Soy tu esposa, no tu agrupada o aconsejada a la que le tienes que decir cómo pensar. Ubícate. —Y le pregunté de vuelta—. ¿Te imaginas si todo esto fuera verdad?

Y se me vino de inmediato otra pregunta a mi mente

—¿A ti te pasó algo en San Bartolo?

—Si a mí me hubiera pasado algo, ¿seguiría yendo? —respondió como si fuera obvio.

No hablamos más esa noche. Estábamos cansados y preferimos darle vueltas en nuestra propia cabeza mientras buscábamos el sueño. Cada uno en su lado de la cama. Las palabras de Martín se repetían en mi cabeza una y otra vez. Trataba de encontrarle sentido a todo. Me preguntaba si mi marido habría sido víctima de algún tipo de abuso, si mis amigos lo habían sido. Me sentí angustiada y caí en un sueño del que no podía escapar. A partir de esa noche no volví a dormir bien por un tiempo. Las pesadillas eran tan recurrentes que tenía miedo y tuve que acudir a un psicólogo.

Al día siguiente cuando nos despertamos vi que el Sodalicio había publicado un comunicado de prensa. Le pedí a mi marido que lo leyera mientras me vestía, porque ya se me había hecho un poco tarde para llegar al canal donde trabajaba.

Y leyó:

Con relación a la información difundida por distintos medios y publicaciones con respecto a nuestra comunidad, queremos comunicar lo siguiente:

Expresamos nuestro profundo dolor y cercanía con todas aquellas personas que han sufrido y sufren por acciones u omisiones cometidas por algunos

de los miembros de nuestra comunidad. A ellas les pedimos perdón y les ofrecemos nuestra disposición de escucha y ayuda. Rechazamos con firmeza todas estas acciones.

Todo testimonio de inconductas cometidas por algún sodálite presentado ante las autoridades actuales del Sodalicio ha sido acogido, investigado y, cuando se ha confirmado, hemos ofrecido ayuda a las personas afectadas según la caridad y la justicia, y hemos tomado con los responsables las medidas que corresponde según derecho.

Sobre los testimonios que habrían sido presentados al Tribunal Eclesiástico de Lima o en Roma, no habiendo sido informados de sus contenidos ni por quienes los presentaron ni por esas instancias, no podemos sino asegurar nuestra oración y nuestra disposición para acoger todo testimonio con respeto, responsabilidad y discreción. Reiteramos nuestra colaboración con esos tribunales y con cualquier otra instancia de justicia.

Luis Fernando Figari vive en una comunidad sodálite en Roma. Desde el año 2010 vive alejado de la vida pública y de cualquier injerencia en el gobierno de la comunidad. El año 2014 el superior general actual, después de haber recibido una serie de testimonios de distinta índole, ha dispuesto que intensifique esta vida de retiro. Como cualquier otro miembro de nuestra institución permanece a disposición de cualquier investigación civil o eclesiástica y de las medidas que las autoridades pudieran considerar pertinentes.

Queremos dirigirnos también a los miembros de la familia sodálite que con nosotros están sufriendo fruto de esta penosa situación para ofrecerles nuestra cercanía, amistad y compañía. A todos les ofrecemos nuestras oraciones, y nuestros esfuerzos por hacer que el Sodalicio refleje cada vez más auténticamente el rostro del Señor Jesús.

Lima, 19 de octubre de 2015.

Discutimos un rato sobre si era un buen comunicado o no, y me fui a la oficina con la cabeza aún en el reportaje. ¿Qué más podría venir en el libro de Salinas? Repasaba el título en mi interior y lo repetía: *Mitad monjes, mitad soldados*. Una frase que más de alguna vez escuché y que le hacía eco a todo el que alguna vez fue sodálite. Este título tenía un origen en el fascismo español, pensamiento político que el mismo “generalísimo” Francisco Franco enarbó en sus varias décadas como dictador de España. Todo esto no era gratis. Después de leer el libro de Salinas, supimos y entendimos

muchas otras cosas más en relación a lemas, cantos y hasta técnicas de adoctrinamiento que usaba el Sodalicio y sus ramificaciones. Para sorpresa mía y de mi esposo, todo esto tenía un origen en José Antonio Primo de Rivera y la Falange Española.

Los sodálites decían que habían dejado de usar ese lema porque su vida no era contemplativa, entonces ya no se sentían tan identificados con lo de “monjes”. Más bien eran monjes en acción permanente. Lo de “soldado” era una buena referencia. Siempre se decía que todos éramos soldados del Señor. Y para los sodálites tenía más sentido aun. En conversaciones con varios, los escuché decir que en formación les decían que eran como los *SEALs* –los escuadrones Sea, Air and Land de la Armada estadounidense– de la Iglesia. Por eso su formación tenía tintes militares; eran la primera línea de defensa y ataque.

Por eso las semanas dinámicas de ejercicios intensos en los centros de formación sodálite se llamaban *Comandos*, *Metas* y *Esto Vir* (*ser hombre* en latín). Por eso les gustaban tanto las películas y series militantes como *300*, *Tropa de élite*, *Band of Brothers* o *G.I. Jane*; y por eso, varias veces al terminar de verlas, lo que hacían era “nadar unas islas” como oblación por la santidad de Luis Fernando, el papa y la Iglesia.

¿Qué es “nadar una isla”? En San Bartolo, los sodálites en proceso de formación tenían un entrenamiento riguroso en lo espiritual, con una intensa vida de oración; en lo intelectual, con varias horas de estudio diario; pero esto iba de la mano con un entrenamiento físico que, según decían los formadores, permitía forjar la voluntad. Corrían varias horas a la semana, hacían distintos tipos de ejercicios en cantidades exageradas como abdominales, planchas, estocadas, etc., y nadaban en el mar. Nadie se escapaba de los chapuzones a altas horas de la madrugada, en la oscuridad, con bajas temperaturas, entre marejadas. Todos los días, como parte de su rutina, en distintos momentos y por diversas razones, salían de sus casas de formación, corrían unos cincuenta metros hacia el mar y se lanzaban desde el muelle para nadar hasta una pequeña isla en medio de la bahía. Cada tramo entre el muelle y la isla era de 150 metros aproximadamente, y eso, de ida y vuelta, era “nadar una isla”. Lo mínimo que se hacía en el día eran tres.

Mientras estaba en la oficina volví a ver el reportaje tratando de buscar alguna explicación, pero esta vez fue peor. Sentía como si estuvieran hablando mal de mi familia, como si quisieran perjudicarme, y me resistía a creer. Todo tenía una doble cara; lo luminoso que había encontrado ahí,

ahora se tornaba oscuro y opaco. Cada vez que pasaba alguien detrás de mi escritorio minimizaba la página para que no me descubrieran. No me preocupaba que me sorprendieran viendo información que no estaba relacionada al programa del día, sino que descubrieran que tenía un vínculo con algún lugar así, donde ocurrían cosas que estaban en contra de mí misma. Abusos, maltrato, esclavitud moderna y lavado de cerebro.

A los pocos días salió un segundo reportaje en el mismo programa de televisión. Esta vez vi en la pantalla a alguien que sí conocía y a quien tenía como referente. Era un exsodálite que había vivido en Chile, Vicente López de Romaña, hermano de Martín. Contaba su nivel de angustia al interior de la comunidad. Además, narró cómo seleccionaban a los adolescentes con tinte vocacional, es decir, con pinta de que podrían sumarse a las líneas del Sodalicio.

Fue ahí cuando empecé tímidamente a recordar algunas cosas de mi paso por las Siervas, cuando creía que Dios me llamaba a ser monja. Y sentí que en mi vida había algo oscuro; algo que se resquebrajaba lentamente. En esa etapa, yo también había hecho un listado de chicas de mi parroquia que creía que cumplían con las características para entrar a la comunidad. Es más, a eso de los diecinueve años me dieron la misión explícita de hacer que una joven se hiciera candidata para empezar el proceso de ser monja. Organicé conversaciones con ella y, en paralelo, le contaba a mi consejera todo lo que hablaba con esta chica y ella me indicaba qué tenía que responderle para sensibilizarla. Incluso me sentí importante cuando ella finalmente dio el paso que cambió su vida. Y me sentí más importante aun cuando decidió que se quedaría en la comunidad siendo monja. Realmente creí que había contribuido al Plan de Dios. Pero ahora la sensación era de culpa ¿Qué había hecho?

Percibí cómo se abría una herida, que no solo era mía, sino también de personas que conocía. Eran un dolor e incertidumbre compartidos. Me sentía involucrada pero también al margen. ¿Por qué me hacía tanto eco lo que estaba viendo en televisión? ¿Por qué me parecía tan mío lo que leía en reportajes y posteriormente en el libro de Salinas? ¿Vi o escuché algo sobre esto? Una nebulosa de escenas rondaba por mi cabeza. Conversaciones a lo lejos no me dejaban dormir. Y cautivada por esos recuerdos incompletos, por esa necesidad de entender, es que fui abriendo puertas del pasado.

En mi adolescencia empecé el camino de descubrir qué era lo que Dios quería de mi vida. Nunca me lo había preguntado, pero me convencieron

de que esa tenía que ser mi meta. Ese camino me hizo vivir una adolescencia en constante crisis, más de las que normalmente se viven en esta etapa. Trataba de ser normal, pero a la vez sentía la presión de no dar el ancho con lo que el movimiento esperaba de mí. Me sentía constantemente culpable y angustiada por mis acciones. Las crisis familiares, que son lo más normal del mundo, para mí eran un hoyo profundo del que la única forma de salir era sacrificar mi vida. Esa fue una de las primeras motivaciones para creer que Dios me llamaba a entregarle todo. Darle mi vida a cambio de la felicidad de mi familia. A cambio del perdón.

La monja que me acompañaba me incentivaba a hacer ese ofrecimiento. Me contaba que ella había hecho lo mismo por su familia y que ahora era feliz. Y en mis oraciones de quinceañera, de rodillas, rosario tras rosario le decía a Dios que yo también estaba dispuesta a hacer ese sacrificio.

Incentivada por las Siervas del Plan de Dios, años después comencé un proceso de discernimiento para ser monja. Y al cabo de un tiempo estaba tan convencida de ese futuro que estuve dispuesta a dejar la universidad. Eso que tanto anhelaba desde pequeña y que mis padres pagaban con tanto esfuerzo. Decidida, a fines del 2010 entré a la oficina de Loreto Correa, que en ese entonces era secretaria de estudios de la carrera de Periodismo de la Universidad Diego Portales. Le dije que quería congelar mi carrera porque me haría monja. Su rostro un poco desencajado me dio a entender que le parecía extraña mi decisión. En general era una buena alumna, aunque ese año no había tenido tan buenas notas porque mi prioridad era la formación en las Siervas y no los estudios universitarios. Loreto me habló con mucha cercanía y me dijo que podía servir a la Iglesia de igual forma sin consagrarme en una orden religiosa. O que la respuesta a Dios podía esperar un poco hasta terminar mi carrera. Pero para nuestro mundo una respuesta tardía no era válida. Le agradecí sus palabras y le pedí que me explicara el proceso para congelar. Me dijo que si lo hacía perdería un año completo. Al salir de su oficina me fui a la parroquia San Lázaro, que quedaba a pocas cuadras de la universidad; en ese lugar me solía esconder en las ventanas entre clases. Era el único sitio donde sentía que nadie me juzgaba por creer en Dios. Lloré por largo rato y volví a ofrecer mi vida. Estaba haciendo lo correcto.

A inicios del 2011, con veintiún años, me fui a Perú convencida de que iba a vivir con las monjas toda mi vida, de que eran mi nueva familia. Pero estando dentro, las monjas me dijeron que en realidad ese no era mi llamado: Él quería que me casara y tuviera hijos. Tenía que conformarme con esa

misión que implicaba menos amor y entrega a los ojos de las religiosas, aunque lo decían con sutileza. La vocación había hablado con acento limeño: era no ser sierva, aunque yo pensara lo contrario. No lo entendía. ¿Qué tenía yo que no podía ser como ellas? ¿Por qué Dios rechazaba mi sacrificio?

Todo este proceso estuvo marcado por muchas cosas que me hicieron un daño profundo, que me costó años superar y que, hasta hoy, a veces se me cuele.

Las Siervas del Plan de Dios me violentaron psicológicamente, me manipularon, me humillaron y luego me abandonaron. En ese tiempo no lo veía así, sentía que yo no era lo suficiente buena para estar con ellas, que tenía demasiado pecado para ser una elegida de Dios. Y me pisotearon muchas veces con gritos y malas palabras. A pesar de eso seguí recurriendo a ellas porque sentía, y en verdad lo creía, que necesitaba ayuda para entender lo que Dios me pedía. Y ellas estaban más cerca de Él. Pero me dejaron ahí. Yo ya no les servía.

Pasé varios meses sin hacer nada y con una pena profunda. Sentía que había fracasado en la decisión más importante de mi vida. Así que volví a la universidad el segundo semestre del 2011 y desde ese momento empecé a tomar casi el doble de ramos, solo para no tener que estudiar un año más. No podía hacerles eso a mis padres. En un momento llegué a tomar quince materias. Me reventé, pero logré salir a tiempo, sin hacer ni un solo semestre extra y con muy buenas notas.

Pese a toda esta experiencia, seguí muy unida al Sodalicio y las Siervas. Y descubrí, o me hicieron descubrir, que Dios realmente quería que me casara.

Encontré un candidato ideal. Un exsodálite que pensaba igual que yo y tenía mis mismas aspiraciones. Que después de diez años de vivir plenamente entregado a la misión se dio cuenta de que esa no era su vocación.

Él quería ser santo. Cambiar el mundo. Igual que yo. Y varias personas nos plantearon la idea de que éramos “tal para cual”; ambos cumplíamos con lo que teníamos que buscar en una pareja. Nos enamoramos de ese ideal de matrimonio católico y sodálite. Empezamos a pololear y rápidamente supimos que teníamos que casarnos. Así, reservamos hora en una iglesia y a poco más de un año de haber comenzado la relación, estábamos dando el sí.

Todo lo que viví en esos diez años me había traído hasta aquí. A esta noche oscura. A esta cama compartida. En un lado estaba yo, mirando la

pared. Al otro lado estaba él, vuelto hacia la ventana con los ojos fijos en un punto en el vacío. Ninguno hablaba. Fue como si de un momento a otro desactivaran el piloto automático y empezáramos a sentir de verdad. A vivir de verdad. Y eso no era lo que queríamos vivir. Ni si quiera sabíamos qué era lo queríamos vivir, pues ese querer siempre había estado marcado por la voluntad divina interpretada por otras personas: consejeros espirituales o sacerdotes. ¿Y si se equivocaron? ¿Y si no eran la voz de Dios?

En cierto modo, nos encontramos en el mismo lugar del camino y nos dimos cuenta de que ambos cumplíamos con los requisitos para ser ese esposo o esposa ideal a ojos del matrimonio cristiano. La “razón” estuvo antes que la emoción, antes que el enamoramiento, y muchas personas que nos rodeaban también lo vieron así y avalaron la posibilidad de que haríamos una pareja perfecta. El incentivo vino por todas partes y eso lo interpretamos como una señal de Dios.

Esa noche fue eterna, así como los días que siguieron. Las dudas sobre lo que cada uno había vivido nos hicieron cuestionar incluso si lo nuestro era amor. No teníamos certeza de haber tomado una decisión consciente. Teníamos la experiencia de haber despertado en el lugar equivocado y con la persona equivocada. Llegué a sentir miedo de dormir con mi esposo, me sentía tan perdida que no sabía si realmente lo conocía.

Unas semanas atrás celebrábamos nuestro matrimonio y ahora nos planteábamos la idea de separarnos como una alternativa real, más allá de la emocionalidad del momento. Y en medio de estas conversaciones vino una tormenta mayor. Estaba embarazada. El fin del matrimonio era la procreación y por lo mismo decidimos “no cuidarnos” para que Dios decidiera cuándo haría florecer la vida en mi vientre. Y eligió el peor momento de nuestras vidas. La decisión ya no solo nos afectaría a nosotros dos; había una tercera persona involucrada. Recuerdo esa sensación: sentir que había fracasado y que mi vida se había terminado, pero obligada a continuar porque ahora había otra vida que dependía de mí. Esos primeros meses fueron dolorosos, pues dentro de poco me convertiría en mamá y no me sentía lista ni siquiera para soportar el dolor en mi interior.

Para ambos fue muy difícil recomponernos, y abrirnos a la posibilidad de que nos pudimos haber equivocado fue crucial. En ese momento decidimos que nada estaba dicho y que había que comenzar otra vez, sin ninguna certeza, pero con libertad, aunque esto implicara separarnos al final del camino. Por primera vez nos contamos las historias reales de cómo habíamos

llegado hasta ahí, y desgarrados por toparnos de frente con la realidad nos comenzamos a mirar como realmente éramos y no actuar según el manual. Con esa inseguridad sobre el futuro, mas con la certeza del presente, seguimos compartiendo esa cama y nos comenzamos a enamorar por primera vez de las personas reales.

No estábamos preparados para una crisis así. Pero solo fue un daño colateral de una crisis mayor: la del Sodalicio de Figari.